

NARCISO BINAYAN

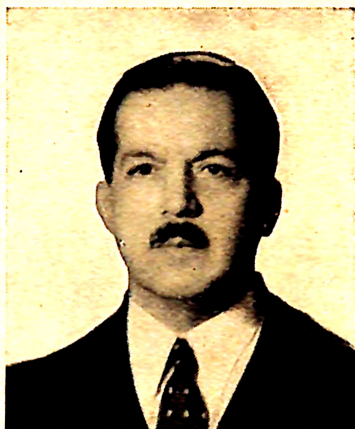
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

HOMENAJE



LA PLATA
1946

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA



Pedro Henriquez Ureá

NARCISO BINAYÁN

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

HOMENAJE



LA PLATA

1946

I 1

—Bueno, hablaremos otro día, —le dije a Pedro Henríquez Ureña cuando me despedí de él el miércoles 8 de mayo, en la esquina de 2 y 49, en La Plata. Habíamos salido del Colegio Nacional, —¡quién me habría dicho que por última vez!— terminadas nuestras tareas, pero lo acompañaba un joven compatriota suyo con quien debía hablar. Quiso acompañarme una cuadra para volver después al Bosque con el joven dominicano. — Yo le había devuelto unos capítulos dactilografiados de un libro suyo inédito, sobre la cultura en América, con las observaciones y notas marginales que se me habían ocurrido.

—Muy útiles porque son justas, —me dijo— salvo su deseo de un párrafo sobre la concepción del mundo en la época colonial, que creo exagerada.

En ese momento acudió a mi mente el recuerdo de

1 De la "Revista Americana de Educación", I, La Plata, julio-agosto de 1946; 34-37.

una serie de personajes —profesores inexpertos y por lo tanto presuntuosos, maestras agobiadas para siempre por la impronta normalista, diletantes ignorantes galvanizados por una gran condescendencia consigo mismos— que en circunstancias semejantes rechazaron sugerencias que yo no hacía espontáneamente.

Pedro Henríquez pudo escribir como lema de su vida la frase del Fedón, porque de nada ni de nadie —ni de sí mismo— fué más amigo que de la verdad. Y en lo que creyó justo en mis observaciones me dió sin esfuerzo la razón, porque él mismo sólo se veía como un instrumento de la verdad. Pero nunca esgrimió la verdad como garrote o cachiporra. Los que lo frecuentábamos sabemos qué encerraban aquellos «—Sí,...» prolongados con una sonrisa: era casi su única manera de discrepar. No por escepticismo, no por falta de carácter: por civilizado.



Mucha gente puede contar cosas de Pedro Henríquez Ureña. Yo quiero decir lo que otros no escribirán, probablemente.

En el Colegio Nacional de La Plata fui designado su reemplazante en 1924 y lo fui hasta que llegó de Méjico en agosto. Y estaba dando la clase en que

lo reemplazaba, cuando sin que yo supiese quién era, llegó él hasta la puerta del aula, acompañado por alguien. Después de la presentación, me pidió escuchar la clase y se sentó, no en la cátedra, que yo no ocupaba, sino en el banco de un alumno ausente. Yo hacía la crítica de unas composiciones. No creo que a él le pareciese entonces mejor mi trabajo, que lo que a mí me parece ahora, con más experiencia. Pero fué generoso en la apreciación y elogió la idea de criticar composición por composición.

Henríquez Ureña había sido llamado por un hombre extraordinario, hoy desaparecido, y cuya memoria espera justicia todavía. Me refiero a Luis H. Sommariva, entonces rector del Colegio con quien pocas veces estuve de acuerdo, pero a quien siempre respeté y admiré. Sommariva acometió la tarea de ser Rector, no funcionario. Su primer empeño fué renovar la enseñanza del castellano y él mismo se dió a enseñarlo. Un año le bastó para comprender que había mucho que hacer y que era menester cambiar la técnica. Se modificaron los programas y se llamó a Henríquez Ureña: se le nombró en tres cátedras de Castellano. Sommariva tiene, pues, el mérito, además de otros, de haber dotado a la República Argentina de un extraordinario maestro.

Estoy seguro que sus alumnos demoraron en comprender qué don les mandaba Dios al poner frente a ellos a ese hombre que no cultivaba lo que sintéticamente llamaríamos «el cuello almidonado». Henríquez Ureña, como lo recordó recientemente con profunda emoción uno de sus primeros discípulos, era con ellos como otro alumno. Los alumnos no están habituados a esto, no tienen informaciones sobre los profesores, no leen diarios ni revistas que los instruyan y al no comprender qué abnegación y esfuerzo significa descender hasta ellos para ser más eficaz, suponen que el profesor no es nada más que ellos. Poco a poco se fué haciendo conciencia en ellos: las generaciones sucesivas se pasaron la voz y acabaron por ver al sabio y aprovechar al profesor. He tenido casi siempre la clase de historia americana en dos de las divisiones en que él daba castellano y casi siempre en las horas siguientes.

Esto me ha permitido seguir la trayectoria de su enseñanza como no podría haberlo hecho el inspector más acucioso. Porque Henríquez Ureña dejaba en el encerado el rastro de su clase: con su letra —paraíso de grafólogos—. tan clara como personal, estaba ahí, no sólo el párrafo analizado, sino todo el derroche de saber, en datos históricos, geográficos

cos, ejemplos, etimologías, etc. ¿Cuántos alumnos aprovecharon debidamente la obra agotadora que realizaba Henríquez Ureña? No los culpemos a ellos sino a quienes entorpecieron su llegada a la cátedra universitaria donde su obra habría sido de mayores proyecciones para la cultura del país.

...Una alumna de Henríquez Ureña que lo fué en cierto instituto pedagógico me confesó que demoró en comprender la hondura del saber del maestro. ¿Era posible que supiese mucho quien daba clase sin amaneramiento, sin solemnidad, conversando, exponiendo sus dudas? ¿No acababa ella de escuchar a algún «poseur» almibarado que repetía sin remordimiento un libro extranjero, pero que hablaba con tono doctoral y afirmativo? — Traigo aquí esta anécdota porque la importancia de Henríquez Ureña en la Universidad habría sido la de mostrar que la duda es el instrumento fundamental de la cultura. Cómo habría contrapesado la afirmatividad irresponsable de los eruditos anclados en su último hallazgo documental, de los enchalecados en el uniforme de «intelectuales» que derraman sobre el auditorio ingenuo la viscosidad de sus adjetivaciones sin matices y sin ingenio...

Puedo contar una anécdota indicativa de cómo la duda acompaña a la verdadera ciencia. — Tomábamos examen de castellano, con un tercer colega no particularmente preparado. En esa época se examinaba simultáneamente a dos alumnos, lo que era factible por la índole de la materia: un alumno en su encerado realizaba la parte analítica de su trabajo mientras se examinaba el trabajo del otro alumno en el otro encerado. No siempre la sincronización era completa y en el momento a que me refiero Henríquez Ureña interrogaba a un alumno y el tercer colega a otro. Este corrigió al alumno en algo de análisis lógico, que a mí —que atendía a distancia ambos exámenes— me pareció error del profesor y no del alumno. Pero era posible la duda y consulté a Henríquez Ureña en un aparte. Admitió éste que el colega tenía algo de razón, más el alumno, pero halló todavía una tercera interpretación. Siento no recordar cuál fué el tema. Pero él cerró, sin tiempo para seguir: —¡Quién sabe cuál de las tres respuestas sea la más exacta!...



La vinculación con Pedro Henríquez se estrechó con motivo de *El Libro del Idioma*. — Yo tenía planeado el libro con un colega, caracterizado —todavía

hoy— por su irresolución. Cuando conocí suficientemente a Henríquez Ureña, comprendí que sería, además de docto, un compañero ideal para esa labor. Y seguramente un poquitito de que su nombre añadiría algo al mío... Henríquez Ureña me honró con una tremenda prueba de confianza: oyó ligeramente el plan y me invitó a dividir el trabajo. Lo hicimos. Trabajamos por separado. Los últimos días juntos: para coordinar el trabajo, de sol a sol; salía de La Plata al alba para venir a trabajar a mi casa en Buenos Aires. De esa época citaré otra anécdota. Atacaba yo su criterio en la selección de poesías. Suprimió algunas, pero defendió otras. Le observé qué dirían los niños —el libro se destinaba a los años superiores de la escuela primaria— sobre las comparaciones y metáforas originales de una poesía que apareció en el libro.

—Ellos no dirán nada, —me dijo—, porque ellos tienen el espíritu libre de trabas... a quienes puede parecerles mal es a las maestras...

Cuando compaginamos las hojas dactilografiadas Henríquez Ureña aplaudió el plan. Así era de abnegado y disciplinado en la labor: había trabajado con denuedo sin más garantía que su confianza en el amigo. (Murió sin haber querido nunca mandar hacer

la estampilla que la editorial le pidió para el control de las ediciones de *El Libro del Idioma*.)

Sólo un espíritu como el suyo pudo mantenerse siempre en el justo límite entre el exigente espíritu crítico que le venía de su inteligencia con la benevolencia que venía de su generosidad. Las anécdotas que cuento rebasan la categoría de anécdotas: son episodios de lo que era general en él. Pero les atribuyo gran valor para los jóvenes que lean estas líneas.



Viajamos muchas veces juntos en el trayecto de Buenos Aires a La Plata. Me vanaglorio de cierta predilección suya por conversar conmigo. Sólo lo atribuyo a que por no padecer deformaciones profesionales, en el orden mental, le resultaba comfortable el diálogo en que yo ponía las preguntas y las aco- taciones que le estimulaban. Hablaba de todo lo que yo podía entender, pero nunca, nunca, conversó sobre temas que yo desconociese, como para hacerme sentir su saber ilimitado.

Subestimé con una frase tonta su importancia para mí, cuando partió para su patria en una fugaz actuación ministerial: —Se va usted... ahora deberé comprar una enciclopedia...

Henríquez Ureña era una enciclopedia pero tenía lo que no pueden tener las enciclopedias ni suelen tener los profesores: la sensibilidad para percibir el matiz, la sutileza espiritual para captar la transición, el devenir. No vió el mundo, ni la cultura, ni el espíritu del hombre, nada del mundo, como cosa estática. Y durante toda su vida siguió casi los 360 grados del panorama en su devenir...

Atribuyo muchas de sus cualidades a condiciones espirituales que venían de una armonía orgánica extraordinaria, pero actuaron en él sin duda la herencia y el ambiente en que transcurrieron sus primeros años. He escuchado a míopes de la peor miopía, elogiar a Pedro Henríquez por su memoria. La memoria es un accesorio en hombres como él: accesorio mejorado, pulido y adaptado por ellos mismos. Accesorio que surge vigoroso, pero inesperadamente, de una constitución mental: tener en el espíritu el panorama del mundo. La realidad física y espiritual se reproduce en un ámbito pluridimensional y las vivencias hallan su lugar como las matrices de las linótipos al volver a su casilla en el «magazine». Al llamado de la meditación las vivencias salen de entre las bambalinas del subconsciente en orden y clasificadas en una riqueza sustantiva y adjetiva insospechada. De

allí surgen vivencias nuevas porque las que estaban se relacionaron y engendraron nuevas. De otro modo no puede explicarse la suma de ciencia que este hombre poseía entre lo aprendido y lo creado o descubierto por él.

Yo sé bien, aclaro, cuánto fué el esfuerzo consciente, deliberado, de Henríquez Ureña por mantener el tesoro que desgraciadamente se redujo a cenizas en su inmensa mayor parte, pocas horas después de su muerte. Nunca disminuyó su sed de saber. Sed de saber es lugar común; aquí no: Henríquez Ureña tuvo sed de saber. Y exageró el esfuerzo. Redujo el descanso. La conversación que en otros es esparcimiento, para él era labor, labor placentera, pero labor. ¿Puede alguien citar una banalidad dicha por él?

Poco después de terminado *El Libro del Idioma* supe con sorpresa algo extraordinario que creo pocos saben: hasta ese momento y aún años después, Henríquez Ureña careció de la sensibilidad del cansancio. El ácido sarcoláctico no actuaba sobre la inervación de sus músculos. Peligroso privilegio que debe haber contribuido a precipitar su fin. Aquel año 1926 cayó enfermo durante varios días: era la manifestación de su cansancio.

Para mí sigue siendo un misterio saber en qué momentos leía Henríquez Ureña los muchos libros que leía y anotaba, con conciencia, como quien no tuviese otro deber que cumplir. ¿En qué tiempo corregía las tediosas pruebas de sus alumnos de secundaria? ¿Cuándo las pruebas de los libros que vigilaba en su Editorial? Sólo lo veíamos conversar. Pero sus libros estaban marcados, las composiciones y ejercicios corregidos, los libros que supervisaba hasta llevan notas imposibles de improvisar...

El talento por sí solo no da todo el fruto; tampoco el trabajo solo puede alcanzar excelencias. Esta es otra de las lecciones que los jóvenes han podido aprender de Pedro Henríquez Ureña.



Podría parecer que estas referencias pecan de egocéntricas. No: yo he querido dar algunos elementos para la biografía que alguien debe escribir. Y además, ninguna referencia me enaltecería más, en mi relación con Henríquez Ureña, que la amistad trasparente con que siempre me honró. Cuando leí aquellas palabras de Alfonso Reyes sobre él «...y todos nos apellidamos de su amistad» encontré expresado lo que yo sentía. La amistad de Henríquez Ureña era un adjetivo.



Ahora él ha muerto. Los jóvenes que hubieran sido sus amigos sólo podrán ser los admiradores de su obra y de su línea de conducta ¿No es esto ser amigos, en espíritu, del muerto ilustre? Por esto sugiero un homenaje, seguramente el que él habría preferido. Que en todos los países de América se formen grupos de estudiosos de las disciplinas que cultivó Henríquez Ureña, que trabajen como en singelio, y se llamen *Los amigos argentinos de Pedro Henríquez Ureña*, *Los amigos uruguayos de Pedro Henríquez Ureña*, etc. ¿Comprenderán las generaciones nuevas qué hon-do significado tendrá contarse entre ellos?

Y me es particularmente grato lanzar esta idea en una revista de La Plata, pero que se edita para toda América. Así como Henríquez Ureña, desde donde estuviese, estaba siempre en toda América.

Pero ningún homenaje saldrá jamás la deuda que contraíamos con él en cada minuto que lo escuchábamos...

II ¹

Los alumnos del Colegio Nacional «Mariano Moreno» —que aspiran a ser bachilleres, pero también a ser personas cultas— no pueden ignorar que el sábado fué un día de duelo para la cultura de América. Ese día, mientras iba a dictar su clase, murió Pedro Henríquez Ureña.

Henríquez Ureña se inició en el arte literario a la edad de muchos de los oyentes —a los quince años— y al morir, a los sesenta y dos, lo epilogó con un libro publicado en inglés por la Universidad de Harvard y con otros que deja inéditos o truncos. Pero estudió tanto y reflexionó tanto, afinó su sensibi-

1 Palabras leídas el 14 de marzo de 1946 en el Colegio Nacional Mariano Moreno, al comenzar las tareas. Fueron escritas por pedido del señor vicerrector doctor Juan Roberto Rojo, cuyo empeño en añadir cultura a la enseñanza merece destacarse.

lidad de tal modo entre esas dos fechas extremas, que todos le concedían desde hace tiempo el principado en la crítica literaria del continente.

La vida de este estudioso ejemplar encierra valiosas lecciones para los jóvenes. La más gran lección es la de haber asignado, desde edad temprana, valor cardinal a la cultura. El adivinó que cada año que se pierde en la juventud, equivale a muchos en la edad madura e inició sus lecturas lo bastante temprano para que su espíritu presentase pronto ese aspecto sereno de quien está en situación de abarcar con poco esfuerzo los 360 grados del panorama.

La otra lección fué la universalidad de su cultura. Aprendió muchas cosas y llegó a ser un erudito prodigioso, pero fué además un espíritu de artista a quien atraía toda manifestación del arte, así se manifestara en la publicidad o en la decoración hogareña. Sabía mucho de música y de pintura, del arte de la prosa y del verso, de escultura y de arquitectura, pero era mayor todavía su sensibilidad. Había alcanzado la madurez espiritual en que se confunden las llamadas facultades del alma y era más sabio porque era artista y era más artista por lo mucho que sabía.

Y fué más allá la madurez de su espíritu. No se quejó nunca de tener que trabajar mucho porque él

ago 100 390 + 20. 478, H34, 103, 207, 12237
 a. 142
 b. 207. 103
 c. 187
 dominio - 318 312 499
 orales 165
 yacu 416, 9
 fanatas 9, 93, 153
 julijet 17
 quidam 16
 m. m. m. 117
 m. m. m. 117
 m. m. m. 117
 quagago 144
 One 1555: 473
 m. 1557 : 400
 m. 114
 m. m. m. 217
 m. m. m. 234, 217
 m. m. m. 1500 : 100
 m. m. m. 1478 : 5
 m. m. m. 142
 m. m. m. 162
 m. m. m. 129 (100) : 65
 m. m. m. 12, 98
 m. m. m. 261, 421 (7d.) : 69
 m. m. m. 0
 m. m. m. 101, 140, 167
 m. m. m. 37, 35, 44, 71, 151, 171, 187
 m. m. m. 1000 : 141, 131, 317
 m. m. m. 140, 344, 347, 472, 473
 17, 279, 310

Anotaciones hechas por el doctor Pedro Henríquez Ureña en un ejemplar —existente en el Colegio Nacional de La Plata— del tomo II de la Historia de las Indias de fray Bartolomé de las Casas.

trabajaba voluntariamente, abnegadamente, más de lo que le señalaba su deber. Donde él conversara con alguien, estaba enseñando, sin que el interlocutor lo notara porque su tono de conversación era el mismo en el aula, en la calle, en el salón, la misma su dicción pulcra y su lógica estricta. Más todavía: prodigaba su saber y su consejo y había algo de mágico en su dinamismo espiritual por lo certero de su eficacia y por lo duradero de su influjo. Sus alumnos fueron muchos, pero sus discípulos muchísimos más.

Todos pueden aprender todavía muchas cosas, y especialmente normas de método y criterio en los muchos libros que ha dejado Pedro Henríquez Ureña, especialmente en dos de ellos: *La versificación irregular en la poesía castellana* —en que inciden extraordinariamente la sabiduría y la sensibilidad— y *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, donde culmina la originalidad del pensador. Cualquiera otro libro, cualquiera de sus artículos enseñará mucho a quien sepa leer, y más a quien comprenda todo lo que debía haber estudiado y reflexionado el autor para decir cada frase.

Vivió en varios países de América y en ninguno se sintió extranjero. Los últimos veinte años, los de mayor sazón espiritual, los pasó entre nosotros. El amor

a la gran patria americana que iluminó la vida de Henríquez Ureña no atenuó el amor a su patria, la República Dominicana a cuya gloria contribuyó como pocos y que ha de llorarlo en la hora de su partida, como lo llora todo el continente.

